

Sobre la “oveja pródiga” y el “hijo perdido”. La pastoral con jóvenes adultos

ENRIC PUIGGRÒS LLAVINÉS SJ

Promotor vocacional de la Provincia Jesuita de España

Síntesis del artículo

El autor reflexiona sobre las diversas situaciones que viven personas jóvenes que se encuentran a medio camino entre la pastoral con jóvenes y la pastoral de adultos. Describe a muchos como “ovejas pródigas” o “hijos perdidos”, y ofrece líneas de acción para responder a este desafío pastoral mediante la inserción en comunidades cristianas.

#PALABRAS CLAVE: Pastoral juvenil, comunidad, joven, joven adulto, discernimiento.

Abstract

The author reflects on the various situations experienced by young people who are halfway between the pastoral care of young people and the pastoral care of adults. He describes many as “lavish sheep” or “lost children”, and offers courses of action to respond to this pastoral challenge through insertion into Christian communities.

#KEYWORDS: Youth ministry, community, young, young adult, discernment.

1 Un nuevo momento para las comunidades cristianas

Probablemente estaremos de acuerdo en que las comunidades cristianas son lugares idóneos para compartir con profundidad la experiencia de Dios en la propia vida. Pero me gustaría destacar especialmente la oportunidad que dichas comunidades ofrecen como espacios de discernimiento. Hablo de espacios de discernimiento porque ellas dan herramientas para descubrir la presencia de Dios en nuestra vida y, además, ofrecen la posibilidad de compartir esta búsqueda con otros.

Llamamos *comunidad* al grupo de personas que comparten la fe en Jesús y sitúan a Dios en el centro de su proyecto de vida, que se implican y se corresponsabilizan más allá de los procesos personales. Además, asumen la tarea compartida de responder a los retos que les plantea el mundo, desde la sociedad en general y, especialmente, desde la Iglesia.

La experiencia vivida las últimas décadas nos permite identificar un modelo de comunidad cristiana donde la mayoría de los jóvenes se iniciaban en edades tempranas. Estos jóvenes podían ser agrupados más o menos homogé-

neamente, tanto por edades como por intereses. Al alcanzar una cierta madurez, y coincidiendo con el momento en que sus compromisos familiares y laborales repercutían significativamente en sus vidas, la gran mayoría de los integrantes de los grupos daban por terminado (a veces con cierta brusquedad y sin casi pensarlo) el proceso pastoral y desaparecían.

En la actualidad, el concepto de *joven* se ha hecho más amplio, y ahora a una persona que se acerca a los 30 años (y hasta los sobrepasa) se la sigue considerando joven. Los hemos llamado jóvenes “adultos”, en comparación con los jóvenes “adolescentes”. Estos jóvenes adultos que, a diferencia de antaño, no han desaparecido de las comunidades, siguen demandado acompañamiento pastoral y expresan abiertamente su deseo de seguir participando activamente y creciendo en los procesos pastorales que en otro tiempo los acogieron como jóvenes adolescentes. A éstos, se les añaden otros jóvenes adultos que llaman a la puerta por primera vez o después de mucho tiempo alejados de la vida cristiana.

Podemos considerar tre situaciones diferentes ante las que nos podemos encontrar:

a) Hay lugares en que, al acoger estos nuevos grupos de jóvenes adultos –quizás sin discernir el momento de la comunidad– pueden descuidar los otros grupos más jóvenes (adolescentes y post-adolescentes). Los responsables, llevados quizás por la ilusión de seguir acompañando a los grupos que desean mantener su vinculación, se hacen conscientes del riesgo que puede suponer dotar a la comunidad de un rostro más adulto y, por lo tanto, menos juvenil. Esto puede conllevar perder ‘punch’ pastoral, ya que las “comunidades adultas” resultan poco atractivas para los más jóvenes, que desean grupos de iguales.

b) Cuando la dinámica comunitaria depende de un pequeño grupo de personas que llevan adelante (muchas veces de manera heroica) la tarea evangelizadora. Podría ser peligroso cargar sobre las mismas espaldas el acompañamiento de estos nuevos grupos. Tenemos el riesgo de que puedan saturarse en su compromiso o, lo que es peor, dejar ámbitos con mayor complejidad y que resultan menos agradecidos, como por ejemplo la pastoral con los más jóvenes, para cuidar de aquella gente que sigue demandando cuidado pastoral.

c) Cuando nos encontramos con parroquias y comunidades que no tienen *masa crítica* suficiente para crear grupos homogéneos y se ven obligados a crear grupos muy heterogéneos ‘*con la gente que tienen*’. Los intereses personales y pastorales y las problemáticas son tan dispares entre una persona de 18 años y otra de 30 que urge dar una respuesta eficiente y sostenible. Es importante que las personas encuentren en la comunidad un espacio donde puedan abordar ciertos temas en plano de igualdad con otros miembros del grupo.

Este artículo pretende reflexionar sobre las diversas situaciones que viven estas comunidades, así como desarrollar algunas líneas de acción posibles para responder a este nuevo reto planteado.

La situación que presento tiene dos aspectos novedosos:

- el primero es que aquellas personas que a menudo marchaban, ahora permanecen en nuestras comunidades, deseando seguir implicadas
- el segundo es la aparición de personas (o grupos de personas) que, con apenas experiencia en vida comunitaria, llaman a la puerta de la Comunidad, mostrando la necesidad de profundizar en su vida espi-

ritual. Esta segunda novedad me permite hacer –ya perdonareis mi atrevimiento– una lectura un poco original de las parábolas de la oveja perdida (Mt 18,10-14) y del hijo pródigo (Lc 15,11-32), que me parece que describen mejor esta situación.

2 Ovejas “pródigas” e Hijos “perdidos”

Las *ovejas “pródigas”* serían aquellas personas que en su tiempo pertenecieron a nuestros procesos e incluso pudieron haber tenido un papel protagonista como monitores o líderes. Estas “ovejas” pertenecían a la comunidad...y se sentían parte de ella. Pero la vida las llevó por otro lado: sin querer “*reclamar su herencia*”, se encontraron fuera de casa, casi sin darse cuenta.

La primera razón por la que se fueron quizás fue por *cansancio*, al haber estado mucho tiempo impulsando los distintos grupos de la comunidad. Quizás no hubo oportunidad de rehacer su vida interior, y toda ella perdió sentido. Esto nos lleva a la segunda razón: *la caducidad* de una vivencia que, quizás por no cuidarla, dejó de ser interlocutora de la realidad. La última razón del abandono pudo ser el **cambio vital** en determinados momentos de sus vidas (trabajo, máster, afectividad...).

¿Hubo crisis de fe? Desde mi experiencia intuyo que, más que crisis de fe, lo que hubo fue insignificancia de la misma. Es decir, en cierto momento, su experiencia religiosa devino irrelevante para afrontar los cambios en sus vidas. Aquellas personas que se habían sentido “como en casa” en las distintas comunidades, sin darse cuenta, se “buscaron la vida” fuera.

Los *hijos “perdidos”* son también personas que pueden haber estado largo tiempo en nuestras comunidades y que no han senti-

do la necesidad de marcharse “*físicamente*”, pero que, “viviendo en casa”, están “como si no estuvieran”. Así como hubo personas que se fueron porque dejaron de sentirse conectadas con su fe, hay otras que siguieron vinculadas nominalmente a una comunidad, aunque vivían desconectadas de su fe. Otro caso es el de las personas que, por falta de acompañamiento, no pudieron vivir desde la fe ciertos momentos de crisis. Asimismo, aquellas personas que vivieron largo tiempo de pasividad en su participación en la comunidad, al final no han sabido ponerse al día.

Estas personas y grupos han seguido estando en la comunidad y cumpliendo con los mínimos para ser considerados como miembros “activos”. Son gente que ha participado de las dinámicas de forma intermitente. Ahora, sin embargo, asumen la urgencia de volver a involucrarse y dar sentido a sus vidas.

¿Son éstos todos los casos? Un lector de esas edades fácilmente protestará, y con razón: “*¿Qué pasa con aquellas personas que llevamos en la comunidad mucho tiempo, que no nos hemos marchado y que queremos vivir la fe como elemento nuclear para buscar el sentido de nuestra vida?*” Claro está: no todas las realidades que afrontamos hoy día de “Jóvenes Adultos” son gente que desapareció y ha vuelto (“*ovejas pródigas*”) o estaban sin saber que en realidad no estaban (“*hijos perdidos*”). Hay también un buen grupo de jóvenes que ha seguido la dinámica comunitaria fielmente, que han crecido con la comunidad, en acompañamiento y ven que su proceso (por edad y/o circunstancias) ha terminado. Y preguntan a los encargados: “*¿Qué tenéis para nosotros?*”

Hasta no hace mucho, el proyecto familiar, sobre todo la crianza, era una frontera insalvable: la gente desaparecía de nuestras comunidades y parroquias y volvía con

el bebé o con el niño/a para la catequesis de comunión. Ahora es distinto: desean vivir su momento vital (cargado de incertidumbres) desde la fe, y piden acompañamiento y vida comunitaria.

3 ¿Qué situación se da?

3.1 Dificultad para articular una propuesta "general"

Ahí, pues, tenemos "el lío montado" (¡y no precisamente el lío del que habla el Papa!). Cuando una comunidad diseña su itinerario de Pastoral con Jóvenes pretende que éste desemboque en una pertenencia eclesial adulta. Es decir, que no pase lo que algunas veces escuchamos de nuestros jóvenes: "*Yo, si no es con vosotras/os (que cada uno ponga su grupo) no voy a misa*". El fin de una pastoral con jóvenes es que la persona pueda, a la luz de la oración, descubrir qué quiere Dios para su vida en un contexto de Iglesia plural.

Ante la tarea de diseñar los itinerarios pastorales, deberíamos tener en cuenta dos perspectivas:

a) Los mismos jóvenes: hay expectativas divergentes entre lo que quieren unos y otros. Unos han estado mucho tiempo fuera, y quieren volver a conectarse con lo que en su día vivieron (ovejas pródigas, algunos desde una profunda conversión a la fe). Pero otros "vuelven" (mejor dicho, se reconectan) sin saber necesariamente qué es lo que quieren (los hijos perdidos). Y en medio están "*los que siempre han estado*", que viven estas continuas incorporaciones como si la comunidad se tratara de un tren que aminorara la velocidad repetidamente para permitir que otra gente suba. Experimentan con cierta frustración el sentimiento de que están empezando continuamente el camino desde el mismo lugar, sin

poder evitar cierta sensación de parálisis. Hay un choque entre el deseo de autenticidad de unos, la necesidad de orientación básica de otros, y la lícita demanda de avanzar de otros. La implosión de estos grupos los hace entrar en crisis y al final hay un riesgo nada pequeño de que no queden ni unos ni otros.

b) Los responsables de la comunidad, ya que es una buena noticia que aumente el número de quienes quieran vivir el Evangelio con mayor profundidad. Pero éstos también ven con preocupación que no tienen suficientes fuerzas para acompañar a todas estas personas que muestran una disparidad de momentos tan fuerte. ¿Cómo atender la comunidad en esta multiplicidad de ritmos que plantea?

3.2 Reconciliación eclesial

Por una razón u otra, las personas viven este momento como una oportunidad de un acercamiento eclesial más maduro. Fruto del desengaño y hasta de posicionamientos demasiado ideológicos en su momento, la aproximación actual parte de la voluntad de encontrar una pertenencia más madura, sin menospreciar la necesaria distancia crítica. No hay que olvidar la situación de algunas personas que, habiendo vivido ciertas espiritualidades alejadas de la fe cristiana, se acercan a algunos de nuestros grupos con el deseo de probar la riqueza de los carismas que ofrece la Iglesia. En su momento la pertenencia eclesial había llegado a ser un problema, pero ahora sienten que la comunidad cristiana puede ser una referencia que da solidez al deseo de búsqueda, que no puede ser únicamente personal. Este es un tema importante que conviene ir afrontando.

3.3 Deseo de encontrar sus "raíces"

Parte de las personas que vuelven a entrar en una comunidad Cristiana, o que desean

recuperar una vivencia espiritual intensa, lo hacen con el deseo de superar un momento de crisis o bien con la fuerte necesidad interna de vivir desde una mayor profundidad. Sea por circunstancias laborales, de estudios y/o personales, la clave es el deseo de no seguir con un tono vital que les resulta muy insatisfactorio. Evocan momentos de su biografía donde fueron felices; y se acuerdan de ese grupo en la parroquia o movimiento, de esas reuniones, y vuelven a reconectar con esa "*fuerza de sentido*". Finalmente, hay otras personas que reciben la invitación de un compañero de estudios o de trabajo que les dice que lo prueben (con la extrema confusión de motivaciones que esto conlleva).

3.4 Caminar con otros

La llamada de ayuda trasciende lo grupal, pues hay un deseo de ordenar la manera de afrontar las situaciones de la vida. Conseguir una instancia de confrontación es también importante para ayudar a superar la gran dispersión que todavía viven muchos jóvenes adultos. Así pues, la necesidad no atañe solo a los grupos, sino que es preciso incorporar procesos basados en la personalización para que la persona se sienta conocida y apreciada por lo que es. El acompañamiento es la mejor herramienta para responder a la diversidad de situaciones personales enunciadas en el punto anterior.

4 Retos para hacer comunidad

Vemos que la diversidad de situaciones personales abre una pluralidad de expectativas a las que una comunidad debe responder. La situación planteada, especialmente en estos grupos de jóvenes adultos, nos lleva a reflexionar sobre los retos y riesgos que tenemos delante.

4.1 Acompañamiento

Creo que una comunidad cristiana que pretenda integrar a los jóvenes adultos debe asumir el acompañamiento como una herramienta básica. Confiar en quien ha hecho un proceso espiritual anteriormente y que, en Dios, te puede ayudar a reforzar áreas personales que uno mismo no es capaz de objetivar. El diálogo personal puede ayudar a dar herramientas para afrontar e integrar las situaciones vitales de estos grupos y personas.

- *Mercado laboral*: la experiencia que tiene una persona al inicio de su vida laboral es a veces muy impactante. Sin preverlo, la persona pone en crisis aquello en lo que creía y cómo lo hacía. La presión en el trabajo, la gestión de los conflictos interpersonales, la escasez de tiempo, las incoherencias éticas que violentan sus principales valores... van haciendo mella y producen una pregunta de fondo: "*¿Cómo puedo yo seguir siendo cristiano?*" Una comunidad cristiana debe ser muy sensible al sufrimiento que tienen muchos de nuestros jóvenes a estas edades.
- *Mundo afectivo (y sexual)*: tener un número de años determinado no garantiza que la persona tenga asumidas todas las dimensiones de su persona. Hay una llamada a prestar atención especial a esta dimensión afectiva (de las relaciones interpersonales, de la reconciliación con el carácter de uno mismo, de la gestión de dudas y retos...), incluyendo lo propiamente sexual. Debemos reconocer –y esto es materia para otro artículo– que hemos dejado el acompañamiento de esta dimensión en manos de lo que la gente buenamente nos quiera contar. Partimos de una historia donde se había fiscalizado y culpabilizado mucho a las personas en este ámbito de su vida. No parece una decisión muy adecuada irnos al otro lado, silenciando este aspecto de la vida

que genera tantas dificultades y sufrimientos. Dar herramientas válidas en este campo puede ayudar en el proceso de concreción de proyectos vitales (sean de pareja o de consagración).

- *Edad adulta*: es verdad que llega un momento en el que debes afrontar la tarea de sintetizar tus aprendizajes vitales, tus vivencias, dotándolas de dirección *en Dios*. Poner palabra a los motivos que te llevan a vivir de una determinada manera, a comprometerte con el mundo y con la Iglesia. Esto implica una apuesta por el discernimiento como “manera de vivir”. Un discernimiento que descubre las motivaciones profundas que están detrás de nuestras decisiones sin reducirlo, exclusivamente, a una técnica para la vida espiritual. Las elecciones que hagamos a lo largo de nuestra vida deberían ser la consecuencia natural de un proceso de maduración en la fe cristiana y no el objeto principal de nuestra “*búsqueda*”.

4.2 Cultura religiosa

Una de las preocupaciones más generales es la falta de cultura religiosa (¡básica!) de muchas de las personas jóvenes que tenemos en nuestras comunidades. En este caso no podemos distinguir entre los que han vuelto, los que han estado “*sin estar*” y los que han permanecido activos en la comunidad: parece increíble hasta qué punto ciertas nociones básicas de fe han caído en el olvido. Y no precisamente porque no se hubieran explicado nunca sino porque, al considerarse prescindibles, han sido puestas en el apartado del cerebro de “*contenidos que pueden ser olvidados*”.

Una posible dinámica comunitaria en estas edades debe pasar por una apuesta muy clara por la formación. Pero no hablamos de una

formación cualquiera (por muy técnica y correcta que se haga): hablamos de una formación que ayude a dar hondura a lo que se vive en conexión con la propia vida. Lo otro es acumular conocimientos, interesantes, pero que no tienen que ver con lo que uno está viviendo más de fondo. Se trata, entonces, de conectar formación y acompañamiento.

4.3 Peligro de “síndrome de Peter Pan”

Hay que ayudar a discernir la rectitud de intención de la demanda de atención pastoral. Hay quienes necesitan apoyo para seguir creciendo en su fe. Pero esto no puede ser una vía de escape para aquellos/as que no saben qué hacer con su vida y pueden aprovechar esta situación para seguir “*estirando la juventud*”. Y, como siempre, la solución no es *blanco o negro*: dependerá del momento comunitario y las circunstancias personales.

Este mismo peligro lo pueden tener los responsables de la comunidad, que no vean nunca suficiente madurez en estos jóvenes como para delegar responsabilidades comunitarias a las generaciones que suben. Me parece que, si algo aprendemos de la contemplación de los pasajes de resurrección de Jesús, es que, precisamente, es el Resucitado quien da la fuerza y el coraje para la misión: porque el riesgo –de jóvenes y mayores– es apropiarse de la misión. Además, hay procesos madurativos que se aceleran cuando se asumen determinadas responsabilidades.

4.4 Co-responsabilidad

Creo que a esto se llega cuando se interioriza la importancia de la misión en la vida del cristiano/a. Una comunidad activa y con iniciativa reclama liderazgo, participación en las decisiones y, sobre todo, implicación en el diseño de su vida como cristianos. Estos grupos de jóvenes adultos nos dicen que “*no queremos que nos lo deis todo hecho*;

queremos, sin embargo, que nos acompañéis". Volvemos a lo mismo: la motivación de estos jóvenes no está muy clara y debemos asumir la ambigüedad del momento. Por un lado, está su deseo de fiarse de las personas que les acompañan y una cierta docilidad al Espíritu y a lo eclesial. Por el otro son personas con suficiente preparación y criterio como para tomar las riendas de sus vidas. Pero hay que eludir el peligro de proyectar en la vida comunitaria un modo agresivo de ser, adquirido especialmente en el trabajo, que dificulta las dinámicas grupales.

4.5 Luchar por una Iglesia Joven

Se observa un deseo de las personas de comprometerse en el desarrollo de las comunidades; ven que no es una tarea "de los de arriba", sino que deben poner cada uno su grano de arena y su 'carisma' para que redunde en beneficio del colectivo. Esta dinámica nos habla de una nueva Iglesia Joven para los jóvenes. Estos grupos pueden ser 'locomotora' (crea modelo) para otras generaciones mucho más jóvenes y que, quizás, no ven tan claros ciertos pasos que sus predecesores sí van dando.

5 Aprovechar la oportunidad

La reflexión propuesta hasta el momento nace de la observación de casos que actualmente se repiten en varios lugares. Más que acentuar los peligros, debemos sentir la llamada a considerar este nuevo contexto como una *gran oportunidad*.

5.1 Con referencia a un grupo más grande

Al acoger nuevas incorporaciones es importante garantizar que no se creen grupos cerrados en sí mismos. La mayoría de estos grupos pertenecen a un movimiento concreto y/o a una parroquia. Por mucho que

se les dé un trato particular –que conviene– tiene que quedar claro que hay una pertenencia más amplia (también eclesial). Creo que esto ayuda a corregir posibles dinámicas endogámicas: hay un *para* en la militancia cristiana más allá de "*sentirse bien con la propia fe*". Es importante profundizar y tener buena experiencia personal, pero la Iglesia es misionera. Y Dios nos pide salir de nuestras seguridades.

5.2 Abiertos a la misión

En la mayoría de los casos, los jóvenes adultos tienen hecha la elección del estado de vida del que Dios quiere servirse. Es por eso que la búsqueda de una comunidad no es sólo para garantizar que la persona tenga 'un oasis' en el que compartir su fe, sino para alimentar la dimensión misional dentro de su vida cristiana. En dos ámbitos:

a) Participación comunitaria: sea un grupo que se ha creado recientemente, o bien ese grupo de personas que lleva muchos años en la parroquia/movimiento, puede funcionar como elemento cohesionador un encargo específico de la comunidad, realizado con la mayor oficialidad posible. Propongo tres tipos de compromisos:

- Posibles colaboraciones, en función de las necesidades concretas de la comunidad (sea en formación, acompañamiento a grupos, catequesis...).
- Asumiendo, como grupo, la acogida de jóvenes adultos que pidan participar de una dinámica de este tipo, para así evitar posibles tentaciones endogámicas.
- Yendo un poco más lejos, ¿podría pensarse en un posible liderazgo a la hora de ser *locomotora* para que otros grupos se dispusieran a participar de la misma dinámica?

b) Participación eclesial: es verdad que el punto anterior implica un compromiso comunitario. Pero hay momentos en que es muy beneficioso compartir la vida de una comunidad muy distinta a la propia y estar disponible a las necesidades de otras comunidades y/o partes del movimiento. Es una manera bonita de dotar de universalidad el compromiso de estos grupos. Cuando un grupo es capaz de ponerse a disposición de las necesidades de otra comunidad y pone en práctica su compromiso, da valor y cohesión al colectivo eclesial.

5.3 Formación humana y espiritual

Como criterio general, es bueno que haya una corresponsabilidad de los miembros de estos grupos con las demandas de formación. Como decía antes, así como conviene que se escuchen las demandas de formación que tienen estas personas, también es necesario que haya una oferta que sea asumible y que responda a las necesidades que viven los miembros de estos grupos. En este campo, entiendo que sería clave tener presentes los siguientes puntos:

a) Itinerario de formación: es importante no “improvisar” cada año, proponiendo el último *tema de moda*, sino plantearse una formación básica para ayudar a que las personas tengan un “edificio teológico” lo más sólido posible:

- Temas básicos de la teología para ayudar a poner palabra al camino recorrido.
- Temas básicos de la espiritualidad para ayudar a actualizar el proceso cristiano y conocer el carisma específico de determinadas espiritualidades.
- Herramientas para avanzar en la integración de su afectividad y sexualidad en un momento fundante de su vida.

- Herramientas de lectura de la realidad, para ayudar a vivir los conflictos derivados de su vida laboral y la dificultad de encajar profesión y fe.

b) Propuesta de acompañamiento: debe darse por descontado que una persona adulta, en nuestras comunidades cristianas, ve el acompañamiento como algo positivo y necesario. Me parece que, además de los innegables beneficios que aporta en la vida de las personas, es bueno darse cuenta de lo estratégico de la opción. Cuando en las reuniones de pastoralistas se habla y debate fuertemente acerca del “itinerario pastoral”, es esencial decir que hoy es clave que el itinerario esté en la cabeza del acompañante. Así, desde lo que cada persona muestra en el acompañamiento, se pueden ofrecer (o disuadir para que no se hagan antes de hora o resulten nocivas) ciertas actividades o experiencias.

Además, este tema del acompañamiento constituye un reto mayúsculo para las comunidades, ya que es urgente formar personas que puedan prestar este servicio. El primer problema es encontrar personas que quieran; pero, aunque quieran, la demanda de formación específica es muy grande, al ser conscientes de lo importante que es saber acompañar (precisamente porque ellos/as lo han experimentado en sus vidas).

c) Iniciación básica según el caso: abundan los casos de personas que no están nada familiarizadas con los términos esenciales religiosos y espirituales. No es poca cosa: poniendo por ejemplo (por conocimiento propio, no por nada más) la espiritualidad ignaciana, cuando alguien está acostumbrado a la dinámica de grupos habla con nor-

malidad de "examen del día", "discernimiento", "desorden"...; palabras que pueden ser entendidas, pero que fácilmente generan en la persona que se incorpora una sensación de desubicación. Y, en poco tiempo, abandonan. Por eso es básico que se diseñe una etapa más o menos flexible, que permita a estas personas compartir una reunión de grupo sabiendo de qué se está hablando, y pueda, una vez terminadas estas sesiones de introducción, incorporarse a un grupo "normal", donde el vocabulario no será un impedimento.

d) Definición del rol dentro de la comunidad: quizás estamos hablando de un pequeño grupo de personas que hace camino...; pero también puede ser que hablemos de un conjunto de grupos que tienden a funcionar como comunidad. Es importante, a mi modo de ver, que se haga un esfuerzo por animar a vincular cualquier actividad de grupo a la dinámica comunitaria más general, sea de una parroquia y/o de un movimiento. Esto da "aire fresco", y además promueve la pertenencia eclesial.

6 Límite de la palabra "joven"

Para terminar este artículo, me gustaría abordar la proyección de futuro de las comunidades de jóvenes adultos. ¿Hay un final? ¿Hay un modelo al que se tiende? Y si hay un modelo, ¿es el adecuado? Al ser una cuestión apenas planteada, creo que sólo puedo esbozar algunas 'líneas rojas' que, a mi entender, no deberían traspasarse.

6.1 No una pastoral desde la pasividad

Lo que no tiene sentido es que una persona, llegada cierta edad, tenga un rol pasivo en la vida comunitaria. No puede ser que no tenga ni idea de lo que necesita, de lo que le apa-

siona y ayuda en su camino de fe. Son años importantes, donde cada persona concreta ya de forma bastante definitiva cómo va a ser su vida de adulto. Una pasividad que a veces encontramos en los grupos de jóvenes, donde aún están "negociando" la pertenencia y hay que *estirar* y liderar, no puede reproducirse en otras edades. Especialmente porque estamos en otro momento vital que requiere proactividad.

6.2 Retraso excesivo de respuestas vitales

Un joven adulto, en principio, debe haber hecho ya su elección de vida. En todo caso, lo que está en juego quizás es su elección de Jesús y la vida cristiana como eje vertebrador de su *estilo de vida*. Hay algunos grupos que se crean con personas que han ido quedando "de los que no han tomado ninguna decisión"... y esto es peligroso. Lo que tiene sentido es diseñar una propuesta de comunidades de jóvenes adultos en orden a algo (como, por ejemplo, a una comunidad mayor, ya sea parroquial, diocesana o de un movimiento) y no sólo porque *"es lo que toca ahora"*. A estas personas hay que ayudarlas a que concreten su vida, ya que tampoco es una ayuda que inventemos propuestas sólo para que "estén a gusto" (criterio que, en sí mismo, es débil).

6.3 Proyecto de vida (concreción de la vocación)

Como decía en el punto anterior, en principio en estas edades la persona ya ha tomado las principales decisiones de su vida en clave vocacional. Pero conviene seguir con el trabajo: es el momento de delimitar aspectos concretos de su estilo de vida, hacer de su vida algo que se oriente hacia el futuro, que tenga un 'para'. En otras palabras: hacer de su vida un proyecto, concretándolo y encarnándolo. Igualmente, si hay quien

aún no ha tomado esta decisión vocacional, conviene dar herramientas para caminar en esta dirección.

6.4 *Hacia la pastoral familiar*

Sea porque haya gente que empieza a tener hijos o sea porque se llega a cierta edad, no puede ser que nos pasemos de la raya “estirando” el concepto de “pastoral de jóvenes”. Es verdad que en la actualidad hay procesos que se dilatan más y, de hecho, este artículo parte de la convicción de que algo hay que hacer con esta nueva realidad que nos encontramos en nuestras comunidades. Pero también es bueno que las comunidades entiendan que estas realidades de pastoral con jóvenes adultos tienen una relación colindante con lo que llamamos “pastoral familiar”.

Es verdad que el término es muy amplio y que nos referimos a ella para decir lo que “no hacemos y tendríamos que hacer” (la eterna prioridad del trabajo con la familia, pero que tan difícil es de concretar). Pero también creo que cada miembro de esta comunidad, o cada núcleo familiar que está vinculado a estos grupos, debe pensar qué militancia va a tener a medio plazo, cuando ya no esté bajo discusión su madurez.

7 Conclusión

Este artículo ha planteado la realidad pastoral de las personas entre los 25 y los 35 años que encuentran en los grupos de jóvenes una referencia más cercana que en los grupos de adultos. Dentro de ellos ha habido personas que, aun considerándose cristianas, abandonaron el grupo durante algunos años y ahora vuelven (*ovejas pródigas*) y aquellas que, sin haber abandonado el grupo, han tenido

una participación epidérmica en los mismos durante un tiempo, y ahora ven la necesidad de aumentar su compromiso (*hijos perdidos*). Estas personas se unen con aquellas otras que han mantenido fielmente su pertenencia en la comunidad y/o parroquia. La complejidad comunitaria planteada en muchos sitios es notable, una complejidad no exenta de conflictos. Más que verlo como un problema, estas páginas han intentado mostrar algunos criterios de acción para transformar esta realidad en una oportunidad para refundar nuestras comunidades eclesiales.

Necesitamos personas recias, con cierta hondura, que hayan discernido su vivencia cristiana para poderla vivir en un mundo plural que la cuestiona. Pero también estas comunidades tienen un reto mayúsculo a la hora de facilitar espacios de discernimiento vital para personas que están a caballo de los procesos pastorales con jóvenes y la pastoral con adultos.

Gracias a Dios tenemos algunos ejemplos de realidades que funcionan, buenas prácticas, que aparecen en otros artículos de este número. Lo importante no es estar demasiado tiempo perfilando fórmulas infalibles antes de ponerlas en práctica. Más bien estas páginas son una invitación a probar las fórmulas más adecuadas en cada lugar y circunstancia, sabiendo que lo más importante es que las personas y grupos puedan avanzar en el seguimiento de Jesús como Señor de la Vida. Seremos ovejas o hijos, perdidos o pródigos... pero tendremos clara cuál es nuestra casa.

ENRIC PUIGGRÒS LLAVINÉS SJ
enricp@jesuites.net
 @enricsj